

EL PANORAMA,

PERIÓDICO ILUSTRADO QUINCENAL.

1867—1868.

TOMO PRIMERO.



VALENCIA.

Imprenta de José Domenech, Avellanas, 21.

1868.



PERIÓDICO ILUSTRADO QUINCENAL.

PRECIOS DE SUSCRICION.

A El PANORAMA solo. Trimestre, 12 rs.: semestre, 22 rs.: Año, 60 rs.—Fuera de Valencia, franco de porte.—Trimestre, 14 rs.: Semestre, 26 rs.: Año 50 rs.
A El PANORAMA y Las Provincias. Mes, 10 rs.: Trimestre, 28 rs.: Semestre, 54 rs.: Año 102 rs.—Fuera de Valencia, franco el porte.—Mes, 13 rs.: Trimestre, 37 rs.: Semestre, 72 rs.: Año, 139 rs.

Números sueltos. Para los suscritores á Las Provincias, 1 rl. en Valencia y 1 y cuartillo fuera.—Para los que no lo sean, 2 rs. en Valencia y 2 y medio fuera.

AÑO I.

Valencia 15 Enero 1867.

NÚM. 1.

EL PADRE JACINTO.

El mejor timbre de un siglo son los grandes hombres que lo ilustran, y que han de ser en las sombras de lo pasado como columnas miliarias, que cuando hayan desaparecido las vulgares generaciones, marcarán para siempre la altura moral é intelectual de la humanidad en aquella época. Por eso, nosotros, al acometer el trabajo de dar á conocer á los lectores del *Panorama*, por medio del pincel y de la pluma, los sucesos contemporáneos, vamos á dar preferente cabida á las biografías de los hombres que mas se distinguen en todos los ramos, á las cuales acompañarán sus auténticos retratos.

Y como ser el primero es en todo señal de preeminencia, hemos dudado un instante á quién daríamos el lugar preferente en esta galería. No faltan consumados políticos en los tiempos de Cavour y de Bismark, ni ilustres guerreros en los días de las campañas de los Estados-Unidos y de Alemania, ni grandes inventores en el siglo del vapor y de la electricidad. Pero, hay algo superior á las conquistas de las armas y á los adelantos de la industria, y es el progreso moral, que encamina al hombre hácia su perfeccion interna; y entre los desinteresados apóstoles de ese progreso saludable, plácenos buscar al hombre ilustre y modesto que figure el primero en el familiar museo del *Panorama*. Cuando los cañones rayados y los fusiles de aguja parecen que lo dominan todo, justo es, como protesta del sentido moral ofendido, colocar la austera figura de un pobre fraile sobre todas las orgullosas ilustraciones de la época.

Este mismo sentimiento es el que sin duda impulsa á todo lo que París encierra de mas distinguido, á ir á escuchar en las espaciosas naves de la



Est. Salv.º Pablo P.º Miquel, 8

El padre Jacinto.

célebre catedral de Nuestra Señora, al sucesor del padre Lacordaire y del padre Félix, al carmelita descalzo que es conocido con el nombre de Padre Jacinto. Actualmente está predicando unas conferencias sobre la familia, de las que se ocupan

con interés los principales periódicos de Europa.

El P. Jacinto es joven aun; no tiene mas que cuarenta y dos años. Pertenece á una excelente familia de la clase media; su padre era uno de los individuos mas distinguidos de la Universidad, y llegó á ser rector de la academia de Pau. El Padre Jacinto entró en un principio en los Dominicos, pero salió antes de terminar el noviciado para entrar en los Carmelitas descalzos. Una irresistible vocacion le inclinaba hácia la predicacion, y á pesar de todos los brillantes dones y la asombrosa facilidad de expresarse de que estaba dotado, quiso prepararse con los mas sólidos y profundos estudios para su futura mision. Se encerró, pues, en el convento de los Carmelitas de Lyon, y durante algunos años se entregó allí con ahinco á la lectura y meditacion de los padres y de los doctores. Cuando salió fuertemente armado, sus primeros discursos produjeron gran impresion: sin embargo, su reputacion se hallaba reducida á un estrecho círculo cuando M. de Montalembert tuvo ocasion de oírle, y sorprendido al encontrar tal talento, le indicó al arzobispo de París como el hombre mas adecuado para atraer la multitud en torno de la cátedra cristiana.

Así salió el P. Jacinto de su oscuridad, y en dos años llegó al apogeo de la fama. Este año ha escogido para tema de sus sermones de Adviento la familia considerada bajo el doble punto de vista moral y social, y los discursos que ha pronunciado han producido una verdadera sensacion. Una estatura elevada; una fisonomía inteligente y expresiva; una voz de gran sonoridad y que secunda perfectamente las evoluciones de la idea, y un gesto severo y distinguido: tales son las cualidades que han conquistado al P. Jacinto la admiracion del público parisiense.

Su talento oratorio no permite ponerle en parangon con ninguno de los predicadores célebres de

nuestra época; no procede ni de unos ni de otros: es puramente suyo, y está á la altura de los primeros.

En los sermones que está pronunciando en Nuestra Señora de París hace ver, con elocuentes rasgos, la necesidad de organizar fuerte y santamente la familia, como base de la sociedad.

«El porvenir de la Europa y del mundo, dijo al concluir su primera conferencia, corresponde á los pueblos que sepan ser morales, que tengan menos sofistas y menos cortesanos, y mayor número de familias laboriosas y cristianas.»

En la última que ha predicado abordó un asunto bastante árido. «¡El amor! exclamó: he ahí un nombre que es preciso tener el valor de pronunciar en voz alta, cuando se quiere expresar la esencia de la sociedad conyugal, su principio y su ley. Sé que ese nombre provoca la sonrisa del escepticismo, que después de Dios no conoce mayor quimera que el amor, y sé también que por desgracia despierta en la mente el recuerdo de innumerables abusos y profanaciones. Pero, ¿qué importan los abusos? ¿Qué importan las flaquezas del pecador? Gracias á Dios, mi corazón se ha conservado puro, mi razón se ha conservado sana, y yo, predicador del Evangelio, doctor de la razón y del corazón humano, tengo el derecho, tengo el deber de nombrar al amor. ¡Sí, el amor! Porque si las costumbres se corrompen, si la familia flaquea, si la sociedad doméstica amenaza ruina, es porque han olvidado de poner al amor en los cimientos, el amor de dos seres que se aman el uno al otro en el seno del honor, del respeto y de la santidad!»

He aquí las magníficas palabras con que el Padre Jacinto pintó ese amor conyugal:

«La unión conyugal supone y encierra, superándolas, las demás uniones que puedan existir entre las humanas criaturas. Comenzad por la mera benevolencia que la mirada del hombre enciende en los ojos de su semejante, y seguid la larga cadena de las afecciones del corazón hasta la mas estrecha amistad, la que han aquilatado la dicha y el infortunio, y que ni la muerte ni la vida puedan romper. Pues bien; yo os lo digo: eso no son mas que gradas para conducir al amor conyugal; eso no son mas que lazos para preparar ese nudo que va á ligar á dos personas para toda la vida. *Consortium omnis vite*. El amor de los esposos, tal como place á Dios, es la mayor y la mas perfecta de las amistades. Es la última flor, la flor mas esquisita, la mas brillante y perfumada del paraíso del corazón; es el postrer fruto, el mas rico y sabroso de esa suprema facultad de amar, la mas vasta, la mas profunda, la mas inagotable que existe en nosotros, verdaderos árboles de vida ó de muerte, según el uso que de ellas hacemos. El amor conyugal es la última palabra del amor en la tierra.»

El orador sagrado que expresa de un modo tan elocuente el poema de los legítimos amores, no podía dudar de la eternidad de estas uniones santificadas por la religión.

«Sé, dijo en la misma conferencia, que el amor de los esposos se continuará bajo otra forma en los venideros siglos; y este sentimiento delicado y tierno es el que inspiró á la Iglesia la repugnancia por las segundas nupcias, á las cuales rehúsa la bendición solemne del sacerdote. Hay un amor y una fidelidad que pasa mas allá de la tumba, un amor eterno.»

Creemos que bastará esta cita para despertar en nuestros lectores el interés de conocer las conferencias del P. Jacinto, en las que la mas sana doctrina católica está aplicada al estudio profundo de la sociedad actual y desenvuelta elocuentemente, sin esas enfadosas citas y lugares comunes en que suele abundar la oratoria del púlpito. Si esto hemos logrado, nos congratularemos de contribuir en una mínima parte á la obra altamente civilizadora que se ha propuesto el sabio carmelita al subir al púlpito de Nuestra Señora de París.

C.

LA ESPERANZA.

El Bóreas brama. Con fulgor horrendo
Brillan los rayos en la nube ardiente,
Retumba el trueno con vigor potente
La máquina del mundo estremeciendo.
En densa noche el huracán rugiendo

Sus alas bate sobre el mar hirviente;
La rónca tempestad, en fin, se siente
Cruzar por los abismos con estruendo....

Pero súbito el velo tenebroso
Plegándose rasgado en lontananza,
Serena el aire, cielo y mar undoso.
Así al furor sucede la bonanza
Y tras de la inquietud viene el reposo,
Sin estinguirse nunca la esperanza.

Federico de Mendoza.

LÓS ESPAÑOLES

TALES COMO ERAN EN EL SIGLO XVII.

I.

Para apreciar debidamente las costumbres, los hábitos, el carácter de un país, nadie mas propio que un extranjero. Me replicareis que el extranjero no está empapado en las ideas, en las tradiciones, en los sentimientos de aquel pueblo, y yo os diré á mi vez, que esa es la razón por la que le concedo tan especial competencia. ¿Cómo ha de comprender en su justo valor los defectos y las ventajas de un país el que por el largo hábito de toda la vida, por el cariño de la costumbre, está con unos y otros familiarizado? Se ha dicho de los hechos históricos, que solo el porvenir puede juzgarlos; pues bien: en cuanto á las costumbres é índole de una nación, el extranjero representa en algun modo ese recto juicio del porvenir, puesto que mira las cosas desde un punto de vista imparcial y desapasionado.

Tienen en cambio los juicios de los extranjeros el inconveniente de la precipitación con que suelen estar formados, y de la exageración con que para dar mayor interés á lo que han visto y observado suelen estremar sus descripciones. Este defecto se ha achacado, mas que á otros, á los escritores franceses, sobre todo cuando se ocupan de nuestra patria, y ha llegado hasta el vulgo como tipo de narradores inexactos el célebre Alejandro Dumas, que en mal hora intentó dar á la estampa la relación de su visita á España.

Me ha sugerido estas reflexiones un libro muy curioso que ha caído en mis manos, y del cual pienso decir algo á los lectores de EL PANORAMA (aprovechando la galante invitación de su director), porque en él, á vuelta de indudables exageraciones y pinturas en extremo recargadas, se encuentra un cuadro gráfico de la sociedad española en una época que debiéramos estudiar; para que nos sirva de provechosa lección, á fin de evitar caer en igual decadencia, y apreciar los elementos civilizadores que de aquella postración nos sacaron.

Refiérome al *Voyage en Espagne*, por Madame d'Aulnoy, en 1679. En este libro, escrito por una mujer de talento, perteneciente al gran siglo literario de la Francia, se describe lo que la historia calla, el estado social, los hábitos domésticos, el modo de vivir de los españoles en una época en que una serie de desastres había desarrollado todos los defectos que al lado de sus grandes cualidades tiene nuestro carácter nacional. Madame d'Aulnoy vino á España en tiempos de ese rey que la historia llama *Carlos el hechizado*, y que representa el mayor grado de decadencia á que puede llegar una dinastía y una nación. La España, tan poblada en los siglos anteriores, había descendido á no contar mas que seis millones de habitantes. La monarquía conquistadora del poderoso Carlos V perdía un Estado en cada guerra; Flandes, Italia y Portugal se escapaban de sus manos. Veinte mil soldados sin disciplina y sin paga constituían su ejército; los buques se los había prestado la república de Génova.

Pero no es de esto de lo que se ocupa la viajera francesa: lo que refiere en su curioso libro la discreta escritora de la corte de Luis XIV es el aspecto del país, el estado del pueblo, las costumbres de las ciudades, las fiestas de la Corte. En este animado cuadro de la sociedad y de la vida vemos la miseria y la desdicha que en aquellos días, por algunos *laudatores temporis acti* envidiados y pregonados como siglos de felicidad, reinaban en la España de los Felipes.

Este cuadro curioso y triste está formado por un gran número de detalles que la viajera describe con una verdadera minuciosidad mugeril. En Toledo, v. gr., no hay fuentes, porque el gran depósito que proveía de aguas á la ciudad, se ha roto; y como no hay dinero para componerlo, se ha de bajar al Tajo, á treinta toesas de descenso, para tener agua potable. En la Mancha y en otras provincias del Centro y del Oeste, el país presenta el aspecto de un desierto. «No se encuentran mas árboles y plantas que algunos tomillos y otras raráquicas yerbas de montaña.» En aquellas provincias, donde hay ochenta leguas cuadradas sin población alguna, tampoco se encuentran posadas. Los viages se hacen en carabanos, por medio de enormes carromatos de seis ruedas, capaces para cuarenta personas, cada uno de los cuales lleva diez y seis ó veinte caballos, y de los que se reúnen ocho ó diez para caminar con seguridad.

En otras provincias mas pobladas hay ventas, pero enteramente iguales á las que describe Cervantes. A diez leguas de Madrid los *cuartos* son «negros chirivites en los que es necesario encender luz á las doce del día.» Por supuesto que no hay mas iluminación que humosos candiles. «Enviamos á todas partes hasta á la abadía del cura, á buscar candelas, y no se encontraron. Tampoco hay chimeneas en aquellas fementidas ventas. Se abre un agujero en el techo, y por allí se escapa el humo, si quiere.»

En aquel ambiente que ciega y sofoca, están apinados una docena de hombres y mugeres «mas negros que salvajes, sucios y oliendo á mil diablos, y vestidos con harapos de pordiosero.» Uno de ellos tañe una mala guitarra, y canta con voz enronquecida. Las mugeres parecen gitanas, flacas, amarillas, y llenas de collares de abalorios. «Ni olla ni platos limpios. No hay mas que un jarro para beber, y hay que aguardar á que se sirvan de él los arrieros.»

Las ciudades no presentan mejor aspecto que los campos á los ojos de la melindrosa dama de la corte del gran rey. En Madrid las casas son de tierra y ladrillos, la mayor parte sin cristales. El empedrado de las calles es infernal. El arroyo está en invierno tan lleno de lodo, que los carruages se atascan. Las señoras que van en coche tienen que cerrar las vidrieras para que el cieno no les salpique los trages. Recientemente, dice, la carroza del embajador de Venecia volcó al salir de su palacio, y sus terciopelos, sus bordados, sus dorados, que valían doce mil escudos, se pusieron de tal suerte, que no han servido ya.»

La policía de las costumbres no le parecia mejor que la de las calles á Madame d'Aulnoy. Los *matones* asesinaban á cualquiera por un tanto estipulado, y los agentes de justicia no se portaban mucho mejor. «Dando dinero á un alcalde ó á un alguacil, hareis arrestar al sugeto mas inofensivo, y se le encerrará en un calabozo, sin ningun procedimiento legal.» En cambio, «los ladrones, los asesinos, los envenenadores viven pacíficamente en Madrid, sin que la justicia se meta con ellos, como no tengan bienes.» Si tienen algo, la policía explota su crimen para sacar las costas. La idea de justicia está desnaturalizada: cada año son ejecutados dos ó tres criminales, y esto, *con repugnancia*, observa la escritora. «Son hombres como nosotros, dicen, paisanos nuestros y vasallos del rey nuestro señor.» Ante el cadalso el pueblo se pronuncia por el reo contra el verdugo, y glorifica, como en Italia, al ajusticiado. En fin, la España del siglo XVII aparece á los ojos de Madame d'Aulnoy como una horda del Oriente en que las familias viven entregadas á sí mismas, sin que la autoridad intervenga por medio de sus servicios, sino por medio de sus exacciones.

¿Están recargados los sombríos colores de este cuadro? Sin duda alguna; pero examinándolo con cuidado y haciendo la parte de la exageración, y aun si quereis, la de la malevolencia, podremos formar idea de lo que eran nuestros antecesores de dos siglos atrás, y veremos que no son nuestros tiempos los de mayor desdicha y depravación, como intentan hacernos creer los enamorados de lo añejo.

J. de D.

EL AMOR.

(Melodía para piano.)

El amor es una fuente
Que en el corazón se aloja
Y hace abrir hoja por hoja
Las flores de su jardín;
Y á su benéfico riego
Renace nuestra existencia
Con la rica florescencia
De un interminable Abril.

El amor nace en el cielo
Y desciende de su altura
A traernos la ventura
En su cáliz celestial;
Y bebiendo su ambrosia,
Hombre y muger de consuno,
Funde dos seres en uno
En un instante fugaz.

Jacinto Labaila.

LOS POETAS ITALIANOS.

Estudios histórico-literarios (1).

I.

(INTRODUCCION.)

¡Italia! esta palabra mágica produce en todos los que á la poesía ó al arte rinden culto, efecto análogo á la impresion que á un amante causa el nombre de la mujer querida. La Italia es el amor de los artistas y de los poetas, es la Musa de la Europa: por eso en la Italia parece que encuentren algo de pátrio todos los espíritus cultivados del mundo. Los cantos del *Orlando* ó de la *Jerusalén* no son literatura extranjera para ningun devoto de las Musas, como las armonías de Bellini y Donizetti, ó los cuadros de Rafael no son tampoco exóticos para los pintores ó músicos de otros países. Si la verdad es la patria de la inteligencia, según la bella frase de Lamartine, el sentimiento estético tiene también su patria, y es la hermosura. Esta es la razón porque la Italia, realizadora del ideal poético y artístico en el mundo moderno, es la segunda patria de todos los artistas y poetas.

La Italia de nuestros tiempos ha dejado la lira que durante siglos enteros fué su atributo, para cubrir su frente con el casco de Minerva y blandir la lanza de Marte. Hoy la Italia es guerrera, con el caballeresco Victor Manuel, con el bravo Cialdini, con el prudente Lamarmora, diplomática y parlamentaria, con el sagaz Cavour, con Ricasoli y Ratazzi, con Pepoli y Nigra, tribunicia, con el entusiasta y puritano Garibaldi, conspiradora, con el sombrío Mazzini. Pero entre tantos géneos activos y prácticos, faltan esos sublimes soñadores que eran antes la condensación y la síntesis, por decirlo así, del alma italiana, y se llamaban Dante, Tasso, Alfieri, Foscolo, Pellico, Manzoni. Estos eran los profetas de la poesía; los hombres de hoy son los realizadores del mundo práctico. Cuando llega el Mesías, los precursores desaparecen: los grandes poetas que habían consumado la unidad de Italia en la esfera del arte, preparándola en el terreno de los hechos, han desaparecido cuando la idea ha tomado cuerpo y ha bajado armada de todas armas á contender rudamente en el palenque de las dificultades y los obstáculos políticos.

Pero la Italia de la política y de la guerra no es ingrata con la Italia del arte y de la poesía. Reconoce su deuda y se muestra dispuesta á pagarla en buena moneda de noble reconocimiento. ¿No hemos visto á la nueva nación doblar la frente

ante la estatua del severo Allighieri, y aclamar al viejo vate florentino por patrono de su unidad (1)?

belleza ideal, que tomando su fuerza y su inspiración en el fondo del alma, solo accidentalmente es modificado por los objetos exteriores, una secta

Razón tiene la Italia para estar reconocida á sus poetas: ellos la han formado, ellos han creado ese espíritu de unión y de fraternidad que se cernía en las regiones superiores de la inteligencia y del sentimiento poético, y que con toda su perspicacia no alcanzaba á comprender el hombre de Estado que decía que la Italia no era mas que una espresión geográfica. Sería curioso estudiar esa aspiración hacia la nacionalidad italiana que palpita en el alma de todos sus poetas, cuando desmayados lamentan la suerte de la patria que pelea en vano

*per servir sempre ó vincitrice ó vinta,
ó cuando auguran días mejores y recuerdan
che l'antico valore*

nei italici cor non é ancor morto.

Dante, furioso gibelino, enemigo de las repúblicas municipales y de los papas, y defensor de los Césares alemanes; Petrarca, alma tierna y melancólica, enamorada de la antigüedad clásica y predicador de paz á sus rudos contemporáneos; Alfieri, altivo aristócrata, despreciador profundo de los revolucionarios *sans-culots*; Foscolo, frenético demagogo; Silvio Pellico, espíritu creyente y resignado; Leopardi, escéptico mal humorado y misantrópico, todos ellos, á pesar de la diversidad de sus caracteres y creencias, tienen un lazo de unión: el amor á su patria desgraciada el odio á sus adversarios, el deseo y la profecía de emancipación.

Curioso sería, lo repetimos, estudiar el modo como cada uno de ellos cooperó á concentrar en una sola alma el espíritu de los italianos; pero no es un fin político sino meramente literario el que nos proponemos en estos artículos. Vamos á hacer una sumaria historia de la poesía italiana, ya que los estudios históricos son la necesidad y hasta cierto punto, la manía de nuestra época.

Entregado el mundo de la inteligencia al culto del espíritu humano, busca en todos los países y en todos los siglos las múltiples manifestaciones de ese espíritu, y encuentra en la literatura un fiel reflejo de sus tendencias. Cansada de las bellezas de convención de la imitación del clasicismo griego y romano, la crítica moderna ha ido á buscar nuevas bellezas (en las cuales lo que tenían de exótico era quizás el mejor título á su admiración) en las religiosas epopeyas y dramas bramánicos, en las sangrientas tradiciones de los Eddas y los Niebelungos, en la franca caballería de los romances, en la galante afectación de los lais de los trovadores, en todas partes donde podía hallar la espresión poética de una civilización distinta de la nuestra. Y no han sido estas investigaciones históricas un mero estudio de erudición; la poesía rompiendo el círculo en que la tenían encerrada las Nueve Hermanas, ha pedido sus inspiraciones á las hadas de los lagos del Norte, á las brillantes perlas del Oriente y hasta á los groseros manjares de los pueblos salvajes.

Olvidando que la poesía es culto íntimo de la literatura ha puesto toda la poesía en la forma exterior, y ha convertido el *colorido local* en regla de composición. De aquí han nacido las poesías orientales, y las poesías de la Edad Media, y otras diversas poesías de todos los tiempos y naciones, que llenan los extravagantes libros de algunos de nuestros poetas.

Exceso es este, y exceso censurable; pero no lo era menos el estrecho exclusivismo de la literatura sábia de otros tiempos. El estudio de los grandes poetas de todos los pueblos, no para disfrazarnos ahora con el anticuado ó exótico traje que usaron, sino para penetrar en su espíritu, despoja al arte de las preocupaciones de escuela, dá á sus miras mayor extensión y mas profundidad á su filosofía.

Desgraciadamente el feliz ingenio de los españoles es poco dado á los estudios que exigen largos trabajos ó detenidas investigaciones: así es que el movimiento literario que cada día cobra mayor extensión en nuestra patria no está basado en la sólida instrucción que fuera de desear en los cultivadores de las bellas letras. Todos citan

con vulgares encomios á Homero y á Virgilio, á Dante y á Milton, á Shakespeare y Goethe; pero raros son los que conocen á fondo sus celebradas obras.

Generalizar el estudio de las grandes literaturas extranjeras es lo que nos proponemos, llamando la atención de los amantes de la poesía hacia los vates que en otros países adquirieron justa celebridad, y cuyas gloriosas sombras haremos pasar ante los ojos de nuestros lectores; y al reflexionar cuál es merecedora de nuestra preferencia, no hemos dudado en concederla á la poesía italiana, cuya historia marcha unida á la de la poesía española de la que ha sido madre ó hermana, y cuyas bellezas podemos completamente gustar en su espíritu y hasta en su forma, porque la lengua italiana y la nuestra son dos dialectos afines del hermoso idioma neolatino.

Pero además de este motivo especial que recomienda á los literatos españoles el estudio de la poesía italiana, existe otra razón justificativa del gran aprecio que de ella se hace en todas las naciones cultas. Ya lo hemos indicado al comenzar este artículo: Italia ha sido la Musa de Europa, la que ha realizado de un modo mas artístico el ideal poético de los tiempos modernos.

El clasicismo, esa comprensión armónica de la belleza de la forma, parece que haya sido una disposición genial de ciertas razas, un instinto espontáneo en determinados países. Grecia, en los tiempos antiguos, é Italia, en los modernos, han sido los dos artistas clásicos del mundo. En la poesía de los otros pueblos suele encontrarse sublimidad y elevación, ternura y sentimiento; pero al lado de estas brillantes cualidades aparece con frecuencia algo de diforme, de escéntrico, de inarmónico, que es rechazado por el buen gusto universal.

La mano artística de la Grecia supo pulir y embellecer el mundo antiguo, y al mismo tiempo que trasformaba los toscos ídolos de los frigios y los misteriosos símbolos de los egipcios en las risueñas deidades del Olimpo, hacia salir del fondo nebuloso de las teogonías orientales la brillante fábula del Parnaso.

La Italia ha hecho lo mismo en el mundo moderno: no ha creado la nueva poesía; pero la ha perfeccionado y generalizado. A las religiosas leyendas de los siglos medios, en las que palpaba llena de vida la fé de un mundo de creyentes, arrancó el Dante los sucios harapos de la poesía popular, para revestirlas con el manto imperial de la epopeya. Las trivialidades insulsas de la escolástica amorosa de los trovadores, se convirtieron en dulcísimos suspiros en los cantos de Petrarca; á los relatos obscenos que eran grato solaz de las corrompidas cortes de monarcas y señores, les dió Boccaccio la ingenua gracia del ático Aristófanes. Las extravagancias de los olvidados libros de la caballería, dieron argumento al Ariosto para el inmortal poema de *Orlando*, y cuando Camoens hizo renacer la epopeya greco-romana para cantar las glorias nacionales, el Tasso consagró la nueva forma en el gran poema de toda la cristiandad, celebrando el *glorioso acquisto* del Santo Sepulcro. La belleza de la forma, que es la que dá el sello de la perfección á todas las obras del arte, es el secreto de esa universalidad y perpetuidad de aceptación, que han alcanzado las obras maestras de la poesía italiana.

Sobre estas obras vamos á llamar la atención de nuestros lectores. La índole de este periódico no nos permite hacer de ellas un estudio detenido; pero á grandes rasgos reproduciremos la fisonomía especial de cada uno de los mas notables poetas de la vecina Península. Dante, Petrarca, Boccaccio, Ariosto, Tasso, Guarini, Filicaja, Metastasio, Goldoni, Alfieri, Monti, Casti, Foscolo, Leopardi, Pellico, Manzoni: ¡Qué constelación de géneos! ¡Qué resplandor arrojan esos nombres en la senda brillante que vamos á recorrer! Si al generoso culto que á la poesía italiana rinden las personas de delicado gusto en todas las naciones, conquistan algunos nuevos devotos estos artículos, se verá satisfecho el propósito que los inspira.

Teodoro Llorente.

(1) En *El Museo literario* comenzó á publicarse esta serie de artículos, que con la suspensión de dicho periódico quedó interrumpida. Asegurada como lo está la publicación de *EL PANORAMA*, podrán completarse en él estos estudios, con los cuales tendrán los lectores un curso compendiado de literatura italiana.

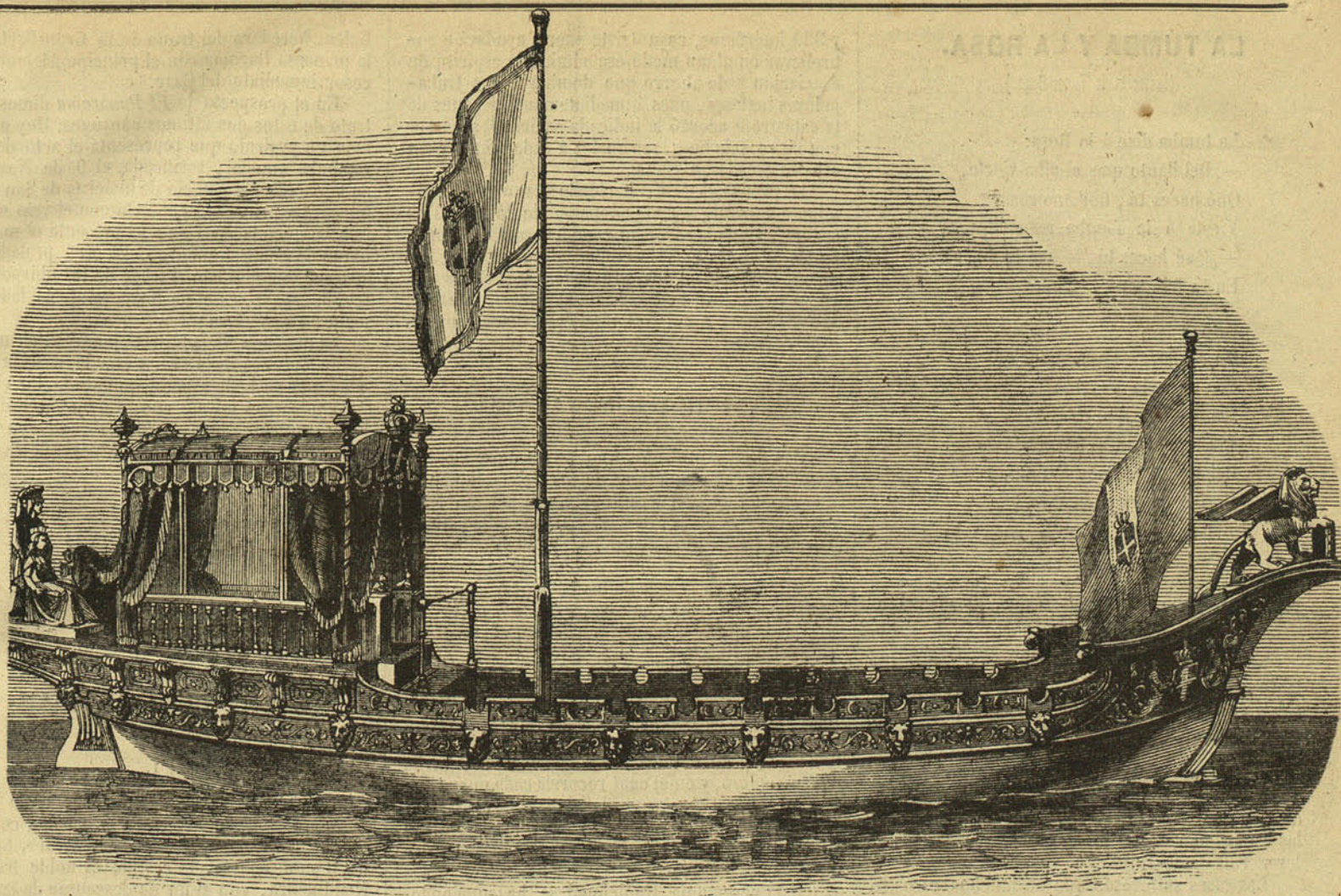
(1) Fiestas nacionales celebradas en Florencia el año pasado para inaugurar la estatua del Dante.



Esplosion de las minas de carbon de piedra de Harnsley, (Inglaterra.)



Casamiento del principe Alejandro , heredero del imperio ruso , y la princesa Dagmar de Dinamarca.



Góndola en que hizo su entrada triunfal en Venecia el rey Víctor Manuel.



Víctor Manuel aclamado por el pueblo en el palacio Pitti (Florencia) al regresar de Venecia.

LA TUMBA Y LA ROSA.

(Imitación de Victor-Hugo.)

La tumba dice á la Rosa:

—¿Del llanto que el alba vierte,

Qué haces tú, flor amorosa?

Y esta á la Tumba responde:

—¿Qué haces tú, lo que la muerte

En tu frío seno esconde?

Diz la flor: —Fosa sombría,

Con el rocío fecundo

Un perfume que estasia.

Diz la tumba: —Flor del suelo

Del alma que robo al mundo

Fermo un ángel en el cielo.

R. Ferrer y Bigné.

ESPLOSIONES EN LAS MINAS DE CARBON DE BARNSELEY.

Inglaterra tiene que registrar uno de esos lamentables acontecimientos que esparcen la desolación y el luto en una comarca, segando centenares de vidas de honrados y laboriosos trabajadores, cuyos nombres desconocidos solo recuerdan sus viudas y sus pequeños huérfanos. Víctimas del trabajo han perecido en las entrañas de la tierra algunos centenares de hombres con las explosiones de las minas de carbon de Barnsley y Talk-Othe-Hill.

Los gases sulfurosos que en muchos casos se desprenden de las minas, llegan á formar una viciada atmósfera en sus galerías, fácilmente inflamable y que ocasiona las mas espantosas explosiones. Para luchar con este inconveniente la industria humana ha inventado unas lámparas de seguridad que aíslan la luz de la atmósfera exterior, y estas son las que se emplean en los trabajos de las minas; pero todo el mundo reconoce, que si las lámparas de seguridad la ofrecen completa en manos cuidadosas é inteligentes, la mayor parte de los obreros que se emplean en los trabajos de las minas de carbon, por su rudeza y natural desprecio de un peligro que sin duda no consideran inminente, no procuran manejarlas con el cuidado que requieren.

Esto es sin duda lo que ha sucedido en Barnsley y lo que ha dado margen á las explosiones que lamenta el país, y de una de las cuales publicamos una vista en este número de EL PANORAMA. No nos detendremos á escribir estos tristes acontecimientos, que han reseñado ya los periódicos diarios; pero nuestros lectores podrán formar una idea del horroroso espectáculo que ofrecerían las boca-minas arrojando torrentes de llamas y los destrozados aparatos en medio de una nube de humo que ocultaba el sol á la muchedumbre que habia acudido, arrastrada por el cariño hacia personas de su familia que estaban sepultadas en los incendiados subterráneos.

Las minas de carbon de piedra, ocultas por lo comun en el fondo de los valles, tienen su entrada por medio de pozos, á veces muy profundos, en los cuales hay unos aparatos donde se colocan los trabajadores y bajan al fondo como los cubos de un pozo ordinario. En el interior se extienden largas minas, sin mas luz que la de las lámparas. Calcúlese, pues, el horror de una explosión de los gases que se acumulan en esas galerías, donde no hay escape posible. La fuerza del estallido es tal, que por la bocamina sale un surtidor de agua, fango, gases y los objetos destrozados en el interior del subterráneo, como se ve en nuestro gravado, que representa la segunda explosión del criadero de Barnsley, á cuyo alrededor se apiñaba la población entera, esperando con espanto nuevos estallidos, y sin poder prestar casi ningun auxilio á los pobres mineros.

Estas explosiones han dado margen á muchos rasgos de heroísmo que han podido salvar algunas víctimas, pero se calcula en 500 hombres los que han muerto llevando el luto y la desolación á innumerables familias. Solo la sociedad «The Miners' Union» cuenta entre sus asociados 160 viudas

y 330 huérfanos, cuya triste suerte ayudará á sobrellevar en algun modo ese admirable espíritu de asociación y de ahorro que domina á los trabajadores ingleses, pues inmediatamente despues de la catástrofe acordó la indicada sociedad socorrer con cinco schelines semanales á cada viuda y un schelin á cada huérfano.

La prensa inglesa, haciéndose eco del sentimiento general, pide la adopción de lámparas de seguridad que la ofrezcan completa aun en manos de las personas mas descuidadas y á pesar de ese mismo descuido. A los profundos mecánicos del reino unido toca resolver este problema, que debe salvar la vida á muchos infelices evitando nuevas explosiones.

VÍCTOR-MANUEL EN VENECIA Y EN FLORENCIA.

Dos de los grabados que publicamos en este número se refieren á uno de los acontecimientos que harán imperecedera la memoria del año 1866 en los Anales de la historia. La emancipación de Venecia del dominio austriaco, y su reunión á la patria italiana, es uno de esos gratos sucesos que hacen época en la vida de las naciones. Todos los corazones generosos han simpatizado con la alegría de la ciudad reina del Adriático, al recuperar su ansiada libertad.

El grabado que representa la góndola en que hizo su entrada triunfal Víctor Manuel, dá exacta idea de esta elegante embarcación, que pasará á ser histórica. La antigua república veneciana tenia un bajel, primorosamente adornado, que llamaba el *Bucentauro*, y en el cual recorria cada nuevo dux el Gran Canal que cruza la ciudad, para tomar posesión del mando, y desde ese buque arrojaba al agua el anillo que simbolizaba los desposorios de Venecia y el mar.

Esta ceremonia tradicional se ha suprimido, porque sin duda hubiera parecido pretencioso que la decaída Venecia quisiera renovar sus bodas con el mar, cuyo imperio ha perdido; pero siguiendo la costumbre antigua, Víctor Manuel ha aparecido á los venecianos en una góndola triunfal, en la cual se ve á la parte de proa el león alado de San Marcos, que es el símbolo de Venecia, y en la popa la estatua que representa á esta ciudad, rotas sus cadenas, y coronada por la victoria. La bandera tricolor italiana, y la de la casa Real de Saboya, empavesan la régia góndola.

El otro grabado representa la recepción de Víctor-Manuel por los Florentinos, á su regreso de Venecia. La multitud aclama al rey de Italia, que la saluda desde los balcones de su palacio. Este palacio es el llamado Pitti, magnífico edificio, de la bella ciudad del Arno, al cual se trasladó la residencia real cuando recientemente pasó la corte y la capitalidad del nuevo reino de Turin á Florencia, en virtud de la célebre convención de 15 de Setiembre de 1864.

CASAMIENTO DEL CZAREWITCH.

Uno de los acontecimientos que mas han llamado la atención de la Europa en los últimos meses del año que acaba de transcurrir, es el enlace del príncipe Alejandro, hijo mayor y heredero del Czar de todas las Rusias, con la princesa Dagmar, de Dinamarca, que al aceptar el culto griego, que es el oficial en el imperio moscovita, ha recibido el nombre de Maria Fæderouna (María Federica.)

Además de la importancia política de este casamiento, es notable porque prueba que el prestigio de la hermosura no se ha amortiguado en este siglo que muchos tachan de positivo y prosaico. Aun es la belleza privilegio que eleva á los tronos mas escelsos de la tierra á la afortunada muger que es favorecida por la suerte con este don semidivino. ¿No ocupa el sôlo francés una compatriota nuestra que debe tal fortuna á sus peregrinas gracias? Igual ejemplo nos presentan las princesas de la casa Real de Dinamarca. El monarca de esta pequeña nación, desmembrada recientemente por enemigos poderosos, ha tenido la suerte de tener dos hijas tan interesantes por su arrogante hermosura, como por sus prendas de carácter; y dos herederos de las monarquías mas poderosas de Europa han rendido tributo á estas princesas, pidiéndolas por esposas. La princesa Alejandra se ha casado con el príncipe de

Gales, heredero del trono de la Gran-Bretaña, y la princesa Dagmar con el príncipe Alejandro, sucesor inmediato del Czar.

En el prospecto de *El Panorama* dimos el retrato de estos dos últimos cónyuges. Hoy publicamos un grabado que representa el acto de la ceremonia nupcial, verificada el 9 de Noviembre en la capilla del palacio de invierno de San Petersburgo. La princesa, cubierta con el velo nupcial, está besando la cruz que le presenta el metropolitano de San Petersburgo. El otro prelado, que aparece tambien con el traje de los obispos de la iglesia griega, es el de Novogorod. Al lado de la princesa se ve á su joven esposo.

El príncipe Alejandro Alejandrowitch nació en 26 de Febrero de 1845, y cuenta casi la misma edad que su bella esposa, que vió la luz el 26 de Noviembre del mismo año. Es un joven de escelente carácter, que se ha dedicado con mucho celo al trabajo y al estudio, á pesar de su elevado rango.

¡BUENA PESCA!

(Tradición aragonesa.)

POR

DON PEDRO A. DE ALARCON.

I.

Cubierto de gloria y de heridas en la guerra de sucesión, y sin blanca en el bolsillo, como entonces acontecía á casi todos los héroes, tornó un día á su desmantelado castillo el noble baron de Mequinenza, con el fin de descansar de las duras fatigas de los campamentos y de comerse en paz los pobres garbanzos vinculados á su título.

Dos palabras sobre el batallador y otras dos sobre su madriguera.

D. Jaime de Mequinenza, baron de lo mismo, capitán que habia peleado por los intereses de Luis XIV, era en aquella sazón un hombre de treinta y cinco años, alto, hermoso, rudo, valiente, emprendedor, poco letrado, pero locuaz en extremo, y muy aficionado á las aldeanas bonitas. Añadid que era huérfano, unigénito y solterón, y acabareis de formar idea de nuestro hidalgo aragonés.

En cuanto á su castillo, era su vivo retrato, menos en lo fuerte; mas en lo que toca á soledad y pobreza y altanería, ¡vive Dios que no le iba en zaga!—Figuráoslo, y digo figuráoslo porque ya se ha hundido, medio edificado y medio tallado en una roca que lamian de una parte las olas del río Ebro, y que se reclinaba por la otra sobre una montaña que allá seguía remontándose á las nubes.

Al pié de esta roca habia una docena de casas y chozas habitadas por los vasallos del baron, ó sea por los labradores de los cuatro barbechos que constituían sus estados; de la aldea al castillo subíase por quince rampas que terminaban en un foso con su correspondiente puente levadizo: alimentaba de agua este foso una sangría hecha al Ebro media legua al Norte de la fortaleza, sangría que convertida en ruidoso torrente, volvía á precipitarse en el opulento río.

Item: enclavada tambien en un inaccesible franco de la montaña, separada del castillo por este salto de agua y, como él, colgada sobre el Ebro, habia otra roca mas pequeña, coronada por una cabaña y una huertecilla, especie de pensil babilónico subido allí por la temeraria mano del hombre.

Un ancho tablon de nogal enlazaba por vía de puente el castillo y la cabaña, de modo que si imposible era llegar al primero, una vez alzado el rastrillo, más imposible era llegar á la segunda, suprimido que fuera el tablon de nogal.

Ya hemos dicho que en la roca señorial vivía D. Jaime Mequinenza: falta decir que en la roca feudataria habitaba un pescador de anguillas, que se estaba haciendo rico merced al atrevido pensamiento que concibiera de formar su choza en aquel solitario y amenazado paraje.

Damian, que así se llamaba el pescador, habia ideado colgar del puentecillo una vastísima red, al través de cuya dilatada manga saltase la cascada, sirviendo de funda, por decirle así, las

mallas á las aguas. Mediante este artificio, todas las anguilas que arrastradas por la corriente, se veían obligadas á dar aquel salto para volver al Ebro que fué su cuna, quedaban presas en las redes de Damian, quien las vendía en los pueblos circunvecinos á un precio tan corto como corto era el trabajo que le costaba pescarlas.

Y pues ya conocemos la topografía del teatro de nuestra historia, pasemos á más íntimas investigaciones.

II.

Hemos dicho que Damian se estaba haciendo rico con tan estupendos copos; pero hemos olvidado decir que Damian nunca tenía un cuarto: porque Damian, como otros muchos hombres, había cometido la torpeza de casarse con una muchacha muy linda, muy graciosa y muy amiga de componerse; con una coqueta natural, en una palabra; ó si queréis mejor con una *coqueta-nativa*.

Carmela, variante amoroso de Carmen; *Carmelita*,—él la llamaba así—era una zagala cualquiera de aquella aldea, que ni sabía leer ni le hacía falta; pero que hubiera tentado al mismo San Antonio, si este anacoreta no estuviese ausiliado de la *Gracia* de Dios. Y es que ella tenía toda la gracia del diablo. Era rubia, como acontece siempre en semejantes casos, pequeña de cuerpo, apretada de carnes y mas esbelta que un junco y que un mimbre. De la cintura para arriba parecía una maceta de flores. ¡Qué pechazo, qué hombros, qué garganta! ¡Y qué caderas, qué andar, qué pisada, qué volver de cabeza!—Blanca como la nieve, colorada como las tardes de Mayo, sana como el aire de aquellas alturas, amorosa como una codorniz enjaulada, como un pliegue de boca y una caída de ojos, y unas manos, y unos brazos tan regordetes, y una saya, y un corpiño, y una trenza de color de oro, y unos tobillos, que come dice Salvador, poeta de Grunod:

¡Desde allí al cielo!

¡Ay, Carmen, Carmela, Carmelita! ¿Qué había de hacer el pobre Damian sino adorarte y esconderte en el pico de una roca, allí donde estabas defendida del mundo por todo un castillo feudal, donde nadie podía visitarte de día sin que le viese todo el pueblo, todo el valle, toda la comarca, ni rondar de noche tu cabaña sino á quinientos pies por debajo de ella?

Pero como las muchachas del mérito de Carmela se aman á sí propias cuando no tienen quien las ame, y hasta cuando tienen, sucedía que, á pesar de vivir sola y sin ser vista de nadie mas que de su marido, gastaba el precio de todas las anguilas del Ebro en delanteles, basquiñas, zarcillos, tumbagas y todo lo criado. ¡Era toda una petrimetra!

Penetrada quizás de su alta misión en el mundo, Carmela se adornaba todos los días como para ir á un baile, y se sentaba á la puerta de su choza. Allí la veían los pájaros, los tomillos y los cielos, nada mas. Pero ella esperaba tranquila la hora de su destino. El castillo, única vecindad de la cabaña, se hallaba completamente deshabitado, —nos referimos al estado de las cosas antes de la vuelta de D. Jaime de Mequinenza,—y desde el valle no se distinguía á la pescadora sino como una gran flor de colores colgada en la ladera del abismo. Por el aire, pues, debía venir el amante que esperaba Carmelita tan emperregilada, —dado que Carmelita desease en efecto tener un amante.

¿Con qué Carmela no amaba á su marido?—me direis.

¡Qué se yo!—Solo puedo deciros que era muy bonita y vivía muy sola, pues Damian pasaba la mayor parte del tiempo vendiendo anguilas por la comarca.

Luego, él la tenía prohibido que bajase á la aldea durante sus ausencias; y ella obedecía ciegamente á su marido.... porque así lo manda Dios y por que no la agradaban los rústicos aldeanos.

Me direis que Damian era tambien un rústico aldeano, y que por consiguiente acabo de decir que no le gustaba á Carmelita.... ¡Pues bien! no le gustaba. ¿Ni cómo había de gustarle un hombre soez y mal vestido, con las manos llenas de callos y espinas, quemado del sol, curtido por la lluvia y oliendo á pescado á una vara de distancia, á ella tan pulcra, tan elegante, tan presumida como una madrileña?

Es verdad que si el pobre pescador estaba poco compuesto, consistía en que la bella pescadora lo estaba mucho; es verdad que si el marido trabajara menos, á fin de cuidar algo sus manos, la

muger tendría que trabajar mas, echando á perder las suyas; es muy verdad que con aquel pescado que olía tan mal, se pagaban aquellos jabones que olían tan bien.... Pero, ¿quién hace reflexiones á una muger, y sobre todo á una muger de diez y nueve años, tan bonita, tan ligera y tan graciosa como los siete colores del arco iris?

¡Ah! la gratitud es un sentimiento demasiado grave para una muchacha, y la justicia una idea demasiado incómoda para una imaginación risueña. La virtud se depura en el crisol de la desgracia, y Carmelita era muy feliz.

Todo esto significa ó quiere significar que la bella pescadora se enamoró de D. Juan de Mequinenza, desde que en la aldea se cundió la voz de que el caballero tornaba victorioso á su castillo.

Volvió D. Jaime en efecto, y como el señor baron la amaba ya *en especie*, valiéndose de una frase teológica, no necesitó mas que verla para adorarla con locura.

Damian, entre tanto, pescaba anguilas.

Sin embargo, desde que el baron de Mequinenza volviera á su castillo, una vaga inquietud se había despertado en el alma del celoso; y es que por muy arraigado que estuviese en su corazón y en el de toda su familia el respeto á sus señores, no podía menos de pensar en que D. Jaime era muy enamorado y su muger muy bonita, y en que el castillo y la cabaña no estaban tan distantes como la cabaña y la aldea,—sobre todo teniendo en cuenta el enunciado puentecillo de nogal.

Así es que Damian había pretestado tener reumatismo en una pierna para tomar un mozo que vendiese las anguilas por la comarca, y no abandonaba ya la cabaña sino muy rara vez y por poco tiempo.

Por supuesto que si hemos de decir la verdad, el pescador no andaba muy descaminado en punto á sus temores.

D. Jaime y Carmelita estaban ya cansados de telégrafos, como se dice hoy, y enamorados perdidamente uno de otra y otra de uno, como ha sucedido siempre entre dos que se miran y no se hablan. El platonismo se les hacia insoportable; la distancia inmensa; el puentecillo transitable... y esperaban con ansia una ausencia de Damian para tener una entrevista.

Todo esto se lo habían dicho por señas.

(Se concluirá.)

TÚ, ÉL Y YÓ.

(Traducción del alemán.)

Niña, la rosa de Abril temprana,
Donde, cual lloro de diamantes
Llueve el rocío de la mañana;
Cuyas cien hojas son cien cambiantes
Del alba azul;
Flor de las flores,
Rosa de amores....
Esa... eres tú.

Niña, ¿sonries? Cual mariposa
Qué en indolente, rápido giro,
Trémula vaga de rosa en rosa,
Y en cada cáliz deja un suspiro,
Siempre y doquier
Símbolo errante
De todo amante....
Tal será él.

Niña, no llores. Sauce sombrío
Que hacía la tierra dobla su frente,
Sin mariposas, flor ni rocío,
Tronco de duelo cabe la fuente,
Donde su amor
Dice á la rosa
La mariposa....
Tal será yó.

E. Florentino Sanz.

MODAS DE PARIS PARA ENERO.

Paris 4 de Enero.

Las modas de invierno se han fijado ya definitivamente, y las damas elegantes de la buena sociedad parisiense saben á qué atenerse. Voy pues á dar á las bellas lectoras de EL PANORAMA una ligera idea de los últimos decretos de la caprichosa moda.

Siguen dominando los vestidos de sotana, que se avienen mal con el voluminoso miriñaque, de modo que este pierde de día en día mas terreno, y las que aun lo sostienen, es reduciéndolo á sus mas estrechos limites.

Para trage de reunion los vestidos con cola están cada día mas en voga, y aun afectan esta forma los trages de mañana y los de calle; pero la incomodidad que producen estos últimos dificulta su adopción.

Los vestidos de terciopelo negro ó de color, guarnecidos de pieles, se usan tambien en forma de sotana, encima de faldas de seda lisa ó de cachemir, con un volante rizado por debajo. Los vestidos de seda negros, bien sea *moirée* ó *foulard*, van guarnecidos por las costuras y alrededor de su falda, que se recorta en formas caprichosas, con adornos de azabaches, que son los mas generalizados.

Los vestidos de cola mas elegantes para reunion son de color, con listas ó flores sueltas. Un dibujo de hojas secas goza en el día de gran favor, y se han presentado trages elegantísimos de *moirée antique* blanco ó de un color muy delicado, tachonado de flores y hojas secas.

Estos trages se guarnecen generalmente con rulos de cinta, del color que domina en la falda.

Los abrigos son casi esclusivamente de terciopelo ó cachemir negro ó marrón. En el primer caso se guarnecen de pieles de maría ó con un elegante bordado de azabaches. En el segundo, el adorno que mejor les sienta es de abalorios negros con fleco.

En su forma hay una caprichosa confusion, pues lo mismo se llevan cortos que largos, holgados ó ceñidos, rectos ó terminados en punta, y con las mangas anchas ó estrechas.

En los sombreros domina el terciopelo, propio de los frios del invierno, y suelen llevar plumas de faisanes, adornándolos con profusion de azabaches. En algunos una cadena de estos abalorios primorosamente trabajada, baja hasta la barba ó sujeta el sombrero por detrás del pelo.

La última novedad es el sombrero Dagmar Czarina, guarnecido de piel de chinchilla ó plumon de cisne.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

Figura 1.^a trage de calle. Vestido de seda negro de manga estrecha, cortado por debajo en forma dentada, y adornado con bandas abiertas atravesadas por un ancho rulo de terciopelo azul.

El *peplum* es de terciopelo azul con mangas anchas y colgantes, forrado de seda blanca.

La segunda falda de cachemir del mismo color que el *peplum*.

El sombrero, que es de forma *mantilla Maintenon*, es tambien de terciopelo azul, adornado con azabaches y una rosa blanca al frente.

Figura 2.^a trage de visita. Vestido cachemir de color ambar claro, adornado de pasamanería.

Sombrero *Lambal* de terciopelo negro con el centro de seda grana, y adornos de azabaches. Bribas grana.

Figura 3.^a trage de mañana. Vestido de cachemir gris, con bieses y rosetas de tafetan rosa. Chal largo, adornado del mismo modo y pendiente al cuello, cruzando por la espalda hasta terminar en un fleco.

Figura 4.^a trage de niño. Túnica de *peplum* irlandesa. La falda corta con adornos de *quipoure* blanco, botones y rosetas. Camiseta de batista con encages de *Valenciennes*. Sombrero de terciopelo blanco, con adornos azules y una pluma larga del color del fondo en el lado derecho.

Figura 5.^a trage de calle. Vestido *moirée antique* guarnecido de *quipoure* negro.

Paletó de raso negro con adornos de azabache y grandes y pesadas borlas á las puntas del cuello.

Sombrero de terciopelo verde guarnecido de encages negros y grandes margaritas blancas.

J. de H.



Cuestion capital. Discrepancia entre los Lyones de Paris y los Bandys de Londres sobre la tapa de la tapa de los sesos.



Modas de Paris para Enero.